

KARL MARX: EL BIOPODER COMO RELACIÓN ENTRE EL CAPITAL, EL PODER Y LA FUERZA DE TRABAJO

Cuauhtémoc Nattahí Hernández Martínez
Universidad de Guanajuato

RESUMEN

A partir de algunos planteamientos de Marx sobre la subsunción real del proceso de trabajo al capital, se ensaya una ampliación del alcance y el sentido del concepto de biopolítica, al ponerlo en relación con ciertos procesos, situaciones y causalidades propios de la economía del capital en su relación con la fuerza de trabajo, que en la formulación originaria del concepto no tenía suficientemente en cuenta. A partir de esta ampliación conceptual, se analizan las diferentes dimensiones de la relación biopolítica que se estableció históricamente entre el capital y la fuerza de trabajo, en el seno del periodo que va de la manufactura a la gran industria.

Palabras Clave: Foucault, Marx, capital, biopoder, biopolítica, disciplina, cuerpo, fuerza de trabajo, trabajo vivo.

ABSTRACT

From some Marx's approaches on real subsumption of the work process to capital, an extension of the scope and meaning of the concept of biopolitics is assayed in this paper, by setting it in conjunction with certain processes, situations and causalities typical of capital's economy in its relation to the workforce that in the original formulation of the concept he has not taken enough in count. From this conceptual expansion, different dimensions of the biopolitics relation that was historically established between capital and workforce are analyzed, within the period from manufacturing to great industry.

Keywords: Foucault, Marx, capital, biopower, biopolitics, discipline, body, workforce, live work.

INTRODUCCIÓN

“Comprimido y al mismo tiempo desestabilizado por lecturas en competencia, sujeto a constantes rotaciones en torno a su propio eje, el concepto de biopolítica corre el riesgo de perder su propia identidad y trocarse en enigma”. Roberto Esposito en *Bios. Biopolítica y filosofía*.

Incluir el nombre de un pensador de pleno siglo XIX, como lo fue Karl Marx, dentro del espectro de una de las categorías filosóficas más recientes, como lo es la categoría de biopoder, no puede sino constituir un movimiento anacrónico, de esos que la (auto)crítica ha desterrado una y otra vez del escenario filosófico. A pesar de todo, bien podría estar enteramente justificado si el concepto de biopolítica atravesara una crisis y si, en consecuencia, se tratase genealógicamente de legitimar el concepto a la sombra de uno de los pensadores de más calado y trascendencia de la historia del pensamiento.

Este no es el caso, sin embargo. A juzgar por el rango de inteligibilidad que permite, el concepto ha devenido por sus propios méritos, en manos inicialmente de Foucault y después en manos de Agamben, Negri-Hardt o Esposito, por mencionar a los autores más sobresalientes, en uno de los conceptos más importantes de la tradición crítica del pensamiento a la hora de dirimir la dominación contemporánea.

Sin embargo, a pesar del gran rendimiento y alcance que tiene, el concepto de biopolítica arrastra una insuficiencia o una falta de origen, como ha puesto de relieve Roberto Esposito, que no ha podido ser subsanada subsecuentemente. Después de haber mostrado la centralidad y relevancia que tiene la dinámica biopolítica en el mundo contemporáneo y haber puesto de relieve lo que a su juicio son insuficiencias, debilidades y oscilaciones teórico-conceptuales en la manera en que Michel Foucault originalmente formuló el concepto para hacerse cargo de aquella dinámica, Roberto Esposito plantea que la incertidumbre epistemológica y la falta de claridad conceptual de la categoría “se origina en una fallida o insuficiente pregunta acerca de los presupuestos del tema en cuestión. No sólo qué significa el concepto de biopolítica, sino también cuando nació.”¹ Esposito, consecuentemente, propone el paradigma inmunitario como un modelo interpretativo más dúctil, capaz, a su juicio, de paliar los inconvenientes de las formulaciones foucaultianas y terminar de llevarlas a buen puerto.

Aparte de lo que piensa este autor, la incertidumbre del concepto obedece, a nuestro juicio, a que no ha podido apresar teóricamente el movimiento político-económico más

¹ ESPÓSITO, Roberto.: *Bios. Política y filosofía*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2004, p.16 y 17. “Empero, su relevancia epocal no parece corresponderse con una adecuada claridad en cuanto categoría. Lejos de haber adquirido una sistematización definitiva, el concepto de biopolítica aparece atravesado por una incertidumbre, una inquietud, que impide toda connotación estable”. *Ibid.*, p. 24.

importante que pesa y se vierte sobre la vida: el movimiento propio del capital. Nuestra tesis es que la incertidumbre epistemológica del concepto en cuestión no se soluciona sólo preguntándonos semánticamente acerca de los presupuestos del qué, del cuándo y del cómo de la dinámica biopolítica, sino, y de manera crucial, cuando empezamos a preguntarnos también acerca de *los presupuestos* del por qué de la biopolítica.²

Al poner en el centro de nuestra atención los porqués y no sólo el qué, los cómo o los cuándo de la dinámica biopolítica, arribamos a los bordes, a los límites del concepto, tal como lo acuñó Foucault, a partir de los cuales, consideramos, se tienen que operativizar otras categorías en el análisis, distintas a las del universo conceptual foucaultiano, para intentar responder a dicha pregunta.

No es el caso, por supuesto, que Foucault no haya esgrimido una respuesta a dicha pregunta. Con respecto a las relaciones entre poder y economía, Foucault mantuvo en sus análisis, sino explícita si por lo menos implícitamente, que las relaciones de poder representan con respecto a las relaciones de producción un nivel de realidad a la vez complejo e independiente. Las relaciones de poder, por supuesto, se inscriben en el capitalismo como modo de producción, pero, para Foucault, conservan su autonomía e independencia de funcionamiento. Así, en la genealogía foucaultiana del biopoder encontramos que la vida entró directamente en los mecanismos y dispositivos del gobierno de los hombres como un requerimiento vital de la sociedad en su conjunto en plena época de industrialización y explosión demográfica, pero siempre conservando su autonomía respecto a los “factores económicos”, tal como él asumía y entendía la economía. Respuesta que, por cierto, y como no podía ser de otra manera, es enteramente satisfactoria a sus objetivos: poner de relieve en su propio grosor y en su propia autonomía e independencia de funcionamiento la dinámica biopolítica.

Más allá de las generales alusiones de este tipo que se pueden encontrar en la obra que Foucault dedicó al concepto de biopolítica, los vínculos entre los movimientos económico-políticos del capital y el sometimiento biopolítico de la vida no constituyen para Foucault puntos nodales de atención en sí mismos en el tratamiento de la problemática biopolítica que hace. Son esos vínculos, sin embargo, los que aquí nos interesa destacar, porque conforman, como veremos, el piso primordial desde donde puede ser posible construir una reflexión que atienda prioritariamente aquella pregunta que nos hacíamos al principio en torno al por qué del ejercicio biopolítico. Dado que para nosotros se trata de centrar específicamente la vinculación de dicha dinámica con el despliegue del capital, nos vemos en la necesidad de desplazar la mirada de paralaje hacia el tipo y las maneras que asume esta vinculación. Es por esto que nos remitimos a Marx, en una especie de humilde homenaje, lectura y “puesta a punto” de su obra. Lo que nosotros intentaremos mostrar es que la nueva racionalidad centrada en la cuestión

² ¿Por qué razón es hasta la modernidad que el nudo entre política y vida, ancestralmente establecido, se vuelve indesarticulable, e incluso extremoso con la experiencia nazi? ¿Por qué causas, motivos o procesos actualmente el cuerpo -para utilizar los términos del mismo autor- que experimenta de manera cada vez más intensa la indistinción entre política y vida ya no es el del individuo ni el de las naciones sino el cuerpo mismo del mundo?

de la vida (su conservación, su desarrollo, su administración, su control), si bien tiene en su genealogía antecedentes que se remontan históricamente más atrás en el tiempo que el capitalismo mismo y puede conservar en su funcionamiento una cierta relativa autonomía respecto de éste, recibe del capital una especie de sobre-determinación y una impronta muy particular que, en definitiva, es lo que explica el por qué del ejercicio biopolítico.

En este sentido, la hipótesis que queremos plantear es otra: que es en un mundo cada vez más implosionado por la fuerza del capital donde el despliegue de las dinámicas biopolíticas contemporáneas encuentra su razón de ser. Así, en el presente texto, iniciamos, a partir de Marx, un recorrido interpretativo alternativo de la problemática de las relaciones de poder entre el capital y la vida y ensayamos una respuesta al por qué de la dinámica biopolítica diferente a la que Foucault asumía. Se trata, los nuestros, de una respuesta y un recorrido interpretativo alternativos, que no tienen porque ser mejor ni peor en principio.³

Postulamos de inicio que el ejercicio del biopoder se aloja particularmente en la relación capital-trabajo, como mostraremos en seguida; relación que en su despliegue histórico ha requerido la puesta en marcha de una serie de procesos de subsunción que son los que configuran buena parte del sentido de la dinámica biopolítica en que vivimos hoy los hombres, tal como dejaremos planteado hacia el final, para posibles desarrollos subsiguientes al interior de esta línea analítica-interpretativa.

Esa relación constituye, entonces, un punto privilegiado de análisis, como Marx ya había destacado, y sobre ella centraremos nuestra atención en lo inmediatamente siguiente, intentando primero destacar algunos de los aspectos de la problemática biopolítica a la que da origen en la configuración capitalista y centrándonos pormenorizadamente después en las maneras y modalidades que adquiere el mando despótico del capital sobre la fuerza de trabajo con la introducción generalizada de la máquina al proceso de trabajo.

EL CAPITAL COMO MÁQUINA, EL PODER Y LA FUERZA DE TRABAJO

Cuando Marx, más o menos hacia 1859, llega a la famosa conclusión de que “el modo de producción de la vida material determina el proceso social, político e intelectual de la vida en general”⁴, esto es, que no son las actitudes espirituales, sino la existencia social, las condiciones externas y el modo en que los hombres tienen que trabajar, lo que configura la sociedad, el trabajo se vuelve para él la condición *sine qua non* de vida del hombre, al permitir la gestación de valores de uso, de bienes (en términos de alimentos,

³Dado que de lo que se trata en lo que sigue es de reconstruir la problemática de las relaciones entre el poder y la vida a partir de algunos de los planteamientos del enfoque materialista marxiano, y no de encasillar éstos en los conceptos de Foucault, es necesario señalar que las nociones de biopolítica y biopoder las utilizamos en su sentido más vago y general como relaciones de poder sobre la vida.

⁴Karl Marx citado en COHEN, Gerald A.: *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Siglo XXI, Madrid, 1986, p. VII.

vivienda, vestido, salud, educación, descanso y otros) que hacen posible la reproducción de la sociedad y de la vida del hombre en general. El trabajo aparece aquí como una realidad ontológica cuya fuerza integral produce la vida propia e interviene en la producción de la vida en general. Esta condición perenne, sin embargo, recibe en el capitalismo una impronta particular, la forma capitalista del trabajo social.

El acontecimiento fundante de este giro histórico se ubica en los procesos que propiciaron la violenta y masiva separación de los trabajadores de los medios de producción y su conformación en tanto capital; a partir de estos procesos, que Marx reseña en lo que llama la “acumulación originaria”, podemos decir, desde el punto de vista biopolítico, que se desarrolla históricamente una dinámica económica y política que permitirá que el medio de trabajo, ya subsumido realmente al capital, se enfrente a los trabajadores como algo ajeno que los somete, tal como vamos a ver más adelante.⁵ Por lo pronto, podemos decir con Jaime Osorio que a partir de ahí, para los productores despojados, solo les será posible acceder a los medios de subsistencia bajo formas mediadas por la venta de sus capacidades físicas y espirituales que les permiten trabajar y ganarse la vida. El trabajo se conforma así como un proceso que opondrá frente a frente, y de manera recurrente, al capitalista o al conjunto de capitalistas, por un lado, y al trabajador o al conjunto de trabajadores, por otro: unos como poseedores de los medios de producción y otros como poseedores de su propia fuerza de trabajo. Para el trabajador, la reproducción de su propia vida, acaecerá de ahora en adelante dentro de estas coordenadas biopolíticas de manera ineludible.⁶ La constitución histórica de la fuerza de trabajo como mercancía encierra, de este modo ya, todo un proceso biopolítico de gran envergadura. Y es en esta situación donde se enmarcan las coordenadas específicas que nos importa destacar.

Así como toda transacción comercial de mercancías supone para el vendedor desprenderse de las mismas y su entrega al comprador, para que éste disponga de ellas como mejor le convenga, del mismo modo la compra-venta de la mercancía-fuerza de trabajo comporta para el trabajador desprenderse de las capacidades físicas, creativas y espirituales que conforman su fuerza de trabajo en beneficio del capitalista. Sin embargo aquí, se da un hecho bastante peculiar, pues esas capacidades no son ajenas a la corporeidad viva del trabajador. No es posible separar fuerza de trabajo de la existencia misma del propietario. Al hacer entrega en el mercado de trabajo de la mercancía vendida, el propietario no sólo termina entregando la fuerza de trabajo, sino

⁵ OSORIO, Jaime.: “*Biopoder y biocapital. El trabajador como moderno homo sacer*” en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, UAM-Xochimilco, año 19, núm. 52, septiembre, 2006, México, pp. 77-98, p. 79. Este autor ha emprendido, antes que nosotros, un recorrido reflexivo y analítico más o menos similar al que hemos emprendido ahora nosotros y aunque tenemos discrepancias profundas con algunos de sus planteamientos e intenciones explícitas, más que pretender mostrar las diferencias, nos apoyamos aquí en algunas de sus ideas e intuiciones. Cabe señalar también, que nosotros nos centramos específicamente sobre todo en las modalidades biopolíticas que adopta el mando despótico del capital sobre la fuerza de trabajo con la introducción de la máquina al proceso de trabajo; problemática que el autor no aborda y que reconstruiremos apoyándonos, en la primer parte de nuestro texto, en la obra de Álvaro García Linera, citada más adelante.

⁶*Ibid.*, p. 80.

también su existencia corpóreo-material en tanto ser viviente. Lo que se pone en juego en esa transacción comercial, por tanto, no es algo ajeno a la vida y a la propia existencia del trabajador. Desde este punto de vista, estrictamente descriptivo, lo que se pone en juego es el ser viviente del trabajador. La recuperación del trabajador al final de la jornada, esto es, el tiempo de descanso y de reproducción de su fuerza de trabajo, solo sirve para velar que es su vida misma la que se pone en juego, porque esa recuperación solo constituye un paréntesis dentro de un proceso ininterrumpido que obliga despóticamente al productor de la mercancía-fuerza de trabajo a tener que volver a presentarse durante toda su vida útil al mercado como vendedor de su fuerza vital. El dinero que percibe por la venta de su mercancía fluctúa en torno al valor de los medios de subsistencia que requiere para reponer sus fuerzas físicas y espirituales, pero no para acumular y romper con su condición de hombre despojado de medios de producción.⁷ Arraigada esta dominación fundamental que el capital ejerce sobre el trabajo, para el trabajador el proceso de producción inmediato de su existencia no puede ser sino un sometimiento permanente al capital. Este es el vasallaje económico fundamental: dada su separación de los medios de vida y producción, en un régimen que perpetúa dicha separación, no puede sino estar obligado a someterse diariamente al mando despótico del capital.

Por otra parte, en la anatomía específicamente capitalista del proceso de trabajo, los medios de subsistencia se intercambian por salario, como se sabe, en la medida en que el capitalista tiene interés en que el trabajador re-produzca su propia fuerza de trabajo por medio de los medios de consumo obrero. Y si bien lo que el proletariado vende al capitalista no es trabajo, sino fuerza de trabajo,⁸ esto es, es la fuerza de trabajo y no el hombre en sí mismo lo que constituye una fuerza productiva para el capitalista (sus músculos, sus miembros, su cuerpo, su habilidad, su intelecto, etc. pero solo por el hecho de ser usados en la producción), el punto es que recibe menos del valor de lo que el capitalista puede hacer que produzca, haciéndolo entrar de este modo y bajo estas condiciones en el juego económico de la sociedad.

Bajo estas coordenadas es que acontece el trabajo mismo, el trabajo vivo. Para desentrañar la lógica biopolítica que rige el uso de la mercancía-fuerza de trabajo dentro del proceso de trabajo es necesario abandonar el plano de la circulación y adentrarnos en el plano de la producción, donde la lógica de la valorización incesante del capital busca producir y apropiarse del mayor tiempo de trabajo excedente posible en aras de su propia auto-valorización, con una serie de consecuencias para el trabajador.

Algo a tener inmediatamente en cuenta, antes de comenzar la operación anterior, es que debemos apartar la reflexión y análisis de la fetichización de su propia naturaleza que el capital hace en su despliegue, a través de lo que logra que desaparezca del plano de lo vivido y lo más inmediatamente perceptible la dominación y el mando despótico que instituye sobre la vida, al construir lo político como una dimensión externa y ajena a lo económico y al dislocar de este modo dominio y explotación. Las relaciones económicas de producción, antes bien, son al mismo tiempo e inmediatamente ya

⁷*Ibíd.*, p. 81.

⁸Gerald A. COHEN, Gerald A.: *Op. Cit.*, p. 46-47.

relaciones políticas de dominación. El análisis y la reflexión, en este sentido, debe re-articular en el plano teórico lo que fractura el capital en el plano fáctico y poner de relieve que el capital es de manera simultánea relación de dominio y de explotación. Uno de los ámbitos de análisis donde es relativamente más fácil hacerlo es en el proceso de trabajo porque ahí, a pesar de todo, la articulación entre explotación capitalista y dominio despótico o biopolítico sobre la vida es inmediatamente palpable si se hace a un lado la dislocación fetichista de lo económico y lo político.

Las modalidades en que se ejerce el mando despótico biopolítico del capital sobre la vida en, o a través de o como consecuencia del trabajo no sólo tienen que ver con aquellas estrategias y situaciones más visibles, como la sobre-explotación del trabajador que, lejos de ser la figura de un antiquísimo pasado violento, regresa de una manera acuciante rompiendo las fronteras civilizatorias obtenidas, o la reducción forzada de los salarios por debajo del valor total de las mercancías-medios de subsistencia indispensables para reponer normal y satisfactoriamente la fuerza de trabajo, que todavía sigue siendo en nuestros días el modo en que se relacionan con el capital mundial millones de trabajadores del sur global poco o nada cualificados, o como las condiciones de trabajo de aquellas grandes industrias tóxicas que operan a través de la tercerización en la periferia capitalista donde dichas condiciones, antes de ser condición de vida, se revelan literalmente como condición de muerte. Además de estos y otros procesos similares, lo que nos interesa mostrar aquí es que con la introducción masiva de la máquina al proceso de trabajo acontece y se consolida la supeditación biopolítica total de la fuerza de trabajo en toda su extensión al capital, lo que se ha intensificado posteriormente con las subsecuentes revoluciones de las fuerzas productivas de la sociedad. Veamos cómo sucedió.

Después de los intentos del gran periodo manufacturero por abaratar las mercancías y acelerar la acumulación de capital, sobrevino el periodo de la maquinaria y la gran industria. Históricamente y conceptualmente, la introducción de la industria maquinizada, que logra revolucionar el modo de producción anterior, cumplir los dos objetivos anteriores y establecer de este modo el punto de partida de la producción propiamente capitalista, constituye el núcleo esencial del proceso de subsunción real del trabajo al capital.

En sentido restringido, la subsunción formal del trabajo bajo el capital históricamente fue para Marx la condición previa y el supuesto estratégico del proceso de emergencia, generalización y consolidación operativa de la forma valor del trabajo y de la riqueza social en el ámbito de la producción. Si en la subsunción formal el capital se apropió formalmente de la parte externa del proceso de trabajo, tal y como lo encontró heredado de las sociedades anteriores, en la subsunción real el capitalismo modificó la realidad interna del proceso de trabajo en un sentido preciso que fue funcional a la extracción mayor de plusvalía y la acumulación de capital de una manera que quedó sometido realmente al capital.⁹

⁹*Grosso modo*, se podría decir que la subsunción formal consistió en que el trabajo que se realizaba en los talleres precapitalistas paso a ser organizado y dirigido por el capitalista, sin que haya modificado sustancialmente el modo de producción (la estructura productiva, las condiciones técnico-materiales, etc.)

A partir de entonces, el contenido específico del proceso de trabajo en todas sus aristas queda subsumido, subordinado o sometido al proceso de producción del mismo capital y el proceso productivo deviene enteramente un proceso de valorización. O para decirlo en términos de Marx: "O sea que éste [el proceso de trabajo] se presenta ahora como el contenido en automovimiento del capital"¹⁰ y con "la incorporación del trabajo en el capital, este entra en fermentación y se transforma [...] en proceso de producción"¹¹ de un valor que se auto-valoriza. Ya no solo se trata de la conversión y consolidación histórica de la fuerza de trabajo como mercancía ni de que las condiciones de trabajo pasen ahora al control exclusivo del capitalista, tal como acontece en la subsunción formal en pleno periodo artesanal, se trata además de que *se instituyeron nuevos modos de producir plusvalor* revolucionando las condiciones técnicas y sociales dadas del proceso de trabajo, lo que implicó cambios en la productividad del trabajo, en el valor de la fuerza de trabajo, en la intensidad y maneras corporales exigidas a la fuerza de trabajo en el medio de trabajo y en las relaciones de mando y poder entre el capitalista y el trabajador.

En los *Grundrisse* Marx ya había dicho que no existe el ser humano como mera fuerza física de trabajo, en realidad existen lo que llama en el contexto de esa obra "formas generales de las fuerzas de trabajo" que son comunes a todos los periodos históricos de las sociedades y que son apropiadas por las distintas formas históricas del trabajo social de unas ciertas maneras específicas. De entre ellas cabe mencionar: a) las fuerzas productivas subjetivas, como la individualidad producida históricamente, las cualidades individuales socialmente producidas, etc., b) las fuerzas productivas asociativas, como la división del trabajo, la cooperación simple, la tradición, los sentimientos colectivos, etc., c) las fuerzas productivas intelectuales, como la ciencia, y d) las fuerzas productivas simbólicas, como el lenguaje, el ceremonial y la religión en ciertas circunstancias productivas, etc.¹² Estas formas generales forman parte, a su juicio, de la naturaleza de la realidad humana, pero se diferencian históricamente en sus formas concretas de existencia, en la materialidad concreta y los modos de desarrollo que

ni transformado en profundidad las relaciones sociales envolventes al taller. El plusvalor que obtiene de este modo fue sobretodo absoluto, pues se producía en base a la prolongación de la jornada laboral, la extensión de la base técnica o empleando más artesanos convertidos en asalariados. Con el avance del proceso de acumulación, en la subsunción real, los procedimientos, la maquinaria y la tecnología empleados en el modo de producción se ven, en cambio, de tal modo transformados que arrebatan al trabajador la iniciativa en el proceso productivo viéndose desplazado de este modo por el sistema maquinal y la creciente división del trabajo que potencia; a la vez que las relaciones y condiciones sociales envolventes al proceso productivo se ven gradualmente transformados en aras de una explotación mayor de plusvalor. La magnitud de plusvalor obtenida a través de todo esto, tanto dentro como fuera de la fábrica capitalista, fue sobretodo relativa. Cfr. MARX, Kar: *El Capital*, Libro Primero: El proceso de producción del capital, Vol. 2, Siglo XXI, Madrid, 1979, p. 379 y ss. Y también p. 618 y ss. Y en general, de la sección cuarta, "La producción del plusvalor relativo", especialmente los capítulos X, XI y XII.

¹⁰MARX, K. *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse)*, Vol. I, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971, p. 251.

¹¹*Ibid.*, p. 241.

¹² Véase GARCÍA LINERA, Álvaro: *Forma valor y forma comunidad*, CLACSO Coediciones, La Paz, 2009. En <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/coedicion/garcial/>. P. 142. Fecha de consulta: 24 de junio de 2011.

asumen con cada forma histórica del trabajo social. El modo de producción capitalista, en tanto forma de trabajo fundado socialmente en la forma valor que se valoriza en el valor de uso y en el tiempo de trabajo sustantivado como medida de riqueza, ha abierto un terreno ilimitado para el desarrollo de las capacidades productivas materiales objetivas del sujeto social, pues la forma social del producto, el valor, rompe el marco de satisfacción de las necesidades perennes estrechas antiguas a través de la satisfacción de necesidades nuevas y la producción incesante de otras necesidades, incluidas las irrelevantes, con tal que valoricen al valor.¹³

En su inicio, este proceso se dio sobre la base de las antiguas relaciones y medios tecnológicos correspondientes a la anterior forma social del proceso de trabajo; mas el capital, al revolucionar esos medios tecnológico-organizacionales en su afán de la ampliación del valor, hizo que el proceso de trabajo se revolucionara materialmente a sí mismo, creando con ello condiciones tecnológico-organizacionales objetivas de un nuevo tipo que llegan a existir como resultado y poderío material de la forma social capitalista del proceso de trabajo, esto es, “como su resultado y propio sustento”, dice Álvaro García Linera. La interconexión técnica y el contenido material de las formas tecnológicas del proceso de trabajo existen ahora como específicamente producidas y puestas por el propio capital. Lo que ha significado, por supuesto, la supresión del desarrollo de las fuerzas productivas simbólicas más renuentes a la valorización del capital y la concreción de una forma particular de desarrollo del resto de las fuerzas productivas materiales, intelectuales y asociativas.¹⁴

Vista desde este plano general, vemos aquí que la introducción de la máquina y el sistema automático de máquinas al medio de trabajo, o mejor dicho, la reconfiguración de éste a través de aquéllas, ha supuesto y consolidado, en primer lugar, un tipo específico de desarrollo de las fuerzas productivas incorporadas al proceso de trabajo por el capital y la subordinación o supresión de las más refractarias al proceso de valorización. Lo que ya encierra en sí mismo todo un filón biopolítico de gran envergadura. Al hacer una especie de historia crítica de la división social del trabajo, Marx observa cómo, por ejemplo, en el paso histórico de la cooperación simple artesanal a la división manufacturera del trabajo, que únicamente fomenta la habilidad parcializada y atomizada del trabajador, se van creando las condiciones para el sofocamiento de la multitud de “impulsos y aptitudes productivos” del trabajador; proceso que se consuma a tal grado en el gran periodo industrial que se llega al “embrutecimiento del obrero parcial”, para decirlo en los términos que Marx retoma de Adam Smith. De igual modo, las potencias intelectuales, por ejemplo, que los campesinos y artesanos independientes desarrollaban otrora por sí mismos enfrentados a sus medios de producción, ahora se amplían y profundizan sobremedida y sin parangón y se cristalizan en los medios de producción, pero con el correlato necesario de que se desvanecen del lado del trabajador parcial así empobrecido. En “la uniformidad de su

¹³ *Ibid.*, p. 143.

¹⁴ *Ibid.*, p. 145.

vida estacionaria” (Adam Smith), la máquina objetiviza el modo específico como el trabajador despojado actualmente produce su vida.¹⁵

No hay que perder de vista que para el capital la finalidad de la introducción de la maquinaria en el proceso de producción es el desarrollo de las fuerzas productivas, pero no en un sentido neutro, sino ante todo para lograr el acortamiento del tiempo de trabajo que necesita el trabajador para la producción del valor de su fuerza de trabajo y la prolongación del trabajo excedente impago.

“Al igual que todo otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, la maquinaria debe abaratar las mercancías y *reducir* la parte de la jornada laboral que el obrero necesita para sí, *prolongando*, de esta suerte, la otra parte de la jornada de trabajo, la que el obrero cede gratuitamente al capitalista.”¹⁶

El valor de uso general de la máquina coincide ya inicialmente, entonces, con la intencionalidad específica del proceso de trabajo capitalista de lograr la reducción del tiempo de trabajo necesario y la consecuente ampliación del tiempo de trabajo excedente impago de que se apropia el capitalista. El proceso de subsunción real del trabajo al capital implica la subsunción del valor de uso de las nuevas máquinas introducidas en el proceso de trabajo. Con la máquina y el sistema automático de máquinas como medios de trabajo *para el capital*, el proceso de trabajo existe, entonces, objetiva y realmente, como proceso de valorización.

En las condiciones históricas de producción anteriores, las que correspondían a la subsunción formal del trabajo al capital, el valor de la fuerza de trabajo estuvo en una cierta relación de equilibrio con el tiempo de trabajo necesario para la producción de su valor, puesto que el valor de la fuerza de trabajo se cifraba sobretodo en la pericia, en la habilidad, en la destreza, en la capacidad intelectual, etc., que el trabajador portaba por sí mismo y que eran elementos esenciales en el proceso de trabajo. En cambio, en las nuevas condiciones materiales del medio de trabajo de la subsunción real del trabajo al capital, el valor de la fuerza de trabajo decrece junto o paralelamente al decrecimiento del tiempo de trabajo necesario para la producción de su valor y su conversión en tiempo de trabajo excedente impago, como hemos visto. En el nuevo modo de producción perfeccionado mecánicamente (la industria mecanizada del gran periodo industrial), el acrecentamiento de la fuerza productiva que se logra a través de la introducción y perfeccionamiento continuo del sistema de máquinas conlleva, entonces, el abaratamiento del valor de la fuerza de trabajo. Es de este modo como, desde el plano mismo de la producción, el capital puede abatir el valor de la fuerza de trabajo del obrero por medio del aumento de la fuerza productiva del trabajo. Desde un punto de vista biopolítico, el abaratamiento del valor de la fuerza de trabajo del obrero, esto es, el empobrecimiento del obrero mismo por debajo del valor de su fuerza de trabajo, no puede sino traducirse en carencias y privaciones en sus condiciones materiales de vida o

¹⁵Cfr. MARX, Karl. :*El Capital, Op. Cit.*, p. 438 y ss.

¹⁶*Ibid.*, p. 451. [A reserva de que se mencione lo contrario, en ésta como en las siguientes citas extensas las cursivas son del autor].

bien en la necesidad de que otros miembros de la familia se integren más prontamente al mercado laboral.¹⁷ Esto, sin embargo, es solo una parte de la historia, por otro lado, el acrecentamiento de la fuerza productiva del trabajo lograda gracias a la introducción de la máquina conlleva con el paso del tiempo el abaratamiento de las mercancías-medios de subsistencia en aquellas industrias que se dedican a producirlos. El abaratamiento de las mercancías que pertenecen al ámbito de los medios de subsistencia habituales, a primera vista, puede parecer algo benéfico, pues en efecto se abaratan tales mercancías, pero en realidad lo que queda implicado con el abaratamiento de la masa de medios de subsistencia, además del abaratamiento del obrero mismo, es que al conjunto de capitalistas ahora les sale menos costoso reproducir la fuerza de trabajo que todavía siguen necesitando. Abaratando el valor de los medios de subsistencia que el obrero necesita para producir su fuerza de trabajo, se abaratan los costos de producción de la mercancía-fuerza de trabajo. Con el modo de producción perfeccionado tecnológicamente, al conjunto de capitalistas ahora les sale más barato (re)producir la fuerza de trabajo que necesitan y de esta manera se pueden embolsar individualmente una mayor cantidad de plusvalor y aumentar hasta cierto punto la magnitud de la tasa de plusvalor de que se apropian colectivamente.¹⁸

Por supuesto, el nuevo modo de producción de las industrias, tecnológica y socialmente perfeccionadas, no sólo produce mercancías para los obreros que en ellas trabajan. En este sentido, se puede decir que si los capitalistas abaratan las mercancías-medios de subsistencia no es sólo y únicamente para reducir el salario obrero. Si esto fuera así la tasa de plusvalor de que se apropian colectivamente sería mínima. En realidad, como muestra Marx,¹⁹ es un mismo proceso el que abarata por un lado las mercancías y acrecienta por otro el plusvalor contenido en ellas y que regresa a manos del capitalista una vez que se ha reconvertido en forma de valor económico en el plano de la circulación. Las mercancías abaratas del nuevo modo de producción, históricamente fueron los caballos de Troya en los nuevos mercados abiertos en la periferia, que poco a poco minaron las condiciones de las economías de autosubsistencia hasta integrarlas bajo la hegemonía de la economía mundial del capital en manos de unos cuantos países más desarrollados en términos capitalistas.

¹⁷*Ibíd.*, p. 481 y ss.

¹⁸Al abaratare los medios de subsistencia a través de la introducción de la máquina, los salarios decrecen en la misma proporción en que se acrecientan las fuerzas productivas, esto es, al reducir los gastos de un obrero, se reduce su salario, lo que significa que ahora, en las nuevas condiciones del modo de producción revolucionado, al capital le sale más barato mantener con vida y de forma controlada a los obreros de que necesita. Lo que convierte ya de entrada al salario en un instrumento biopolítico de control de primer orden. La fluctuación histórica del salario da cuenta de esto. Tras haberse construido durante todo el fordismo lo que se ha llamado la relación laboral clásica, que incluía como se sabe una relación salarial que además de la transferencia monetaria implicaba también transferencias diversas por concepto de cobertura de vejez, de desempleo, etc., en la economía de crisis del ahora llamado postfordismo lo que estamos viendo es la fragilización de la relación laboral asalariada. Aunque, como hemos dicho, el salario es un instrumento biopolítico de primer orden, aquí no nos vamos a ocupar de éste y más bien vamos a analizar aspectos en los que comúnmente no se pone suficiente atención.

¹⁹*Ibíd.*, p. 388.

Además de esto, como es bien sabido, la maquinaria arroja obreros a la calle, como dice Marx, les quita los medios de subsistencia que todavía tenían dentro de la configuración capitalista. Bien es cierto que en los primeros momentos de su introducción en una rama industrial en específico, la propia maquinaria provoca un aumento de trabajo en las demás ramas con que tiene relación, pero a la larga, por la mecanización de estas ramas, se reduce globalmente el trabajo. La realidad capitalista del trabajo hace imposible prácticamente el pleno empleo porque la producción maquinizada libera, o mejor dicho, reemplaza tiempo de trabajo y excluye literalmente del proceso de trabajo grandes porciones de la capacidad total de la fuerza de trabajo, que ahora tiene que emplearse o bien en aquellas industrias todavía no mecanizadas, que se saturan de este modo, o bien paralelamente en aquellos sectores no industriales como los servicios y demás, donde de igual modo el valor de su fuerza de trabajo está por debajo de la media pues desempeñan actividades subvaloradas. Sin embargo, dado que con la introducción de mejoras tecnológicas en el proceso de trabajo, pasado un primer momento de encarecimiento, se produce una disminución global del costo de las mercancías-medios de subsistencia, siempre le resulta posible al trabajador precario y eventual, y al ejercito de reserva, reproducir el valor de su fuerza de trabajo.

Ahora bien, en tanto formas materiales tecnológicas del proceso de trabajo, la máquina y el sistema automático de máquinas, el “sistema automático de maquinaria” como le llama Marx, existen como la materialidad propia del capital, como su propia materialidad, esto es, como medios objetivos plenos de la materialidad de la valorización del capital. Y es de este modo como la máquina objetiviza condensadamente las propias relaciones sociales en que el ser humano produce su vida, como objetiviza las propias relaciones sociales básicas de nuestra sociedad, las relaciones de producción. Pero también, de igual modo, la máquina, en tanto medio material de trabajo, objetiviza en sí misma el modo en que se relaciona el capital con el trabajador y condensa asimismo una forma de consumo o forma de subordinación específica del trabajo vivo al capital dentro del proceso de trabajo.

Si vemos más de cerca los componentes materiales de la máquina (su forma material) y el movimiento objetivo del funcionamiento del conjunto de máquinas (la forma material de la interconexión técnica),²⁰ en cualquiera de sus formas históricas complejas (desde el sistema de la gran industria del siglo XIX y de inicios del siglo pasado, que es el que analiza Marx, pasando por el fordismo de posguerra, hasta los actuales sistemas flexibles de mecanización, la fabricación parcialmente integrada por ordenadores, islas flexibles de fabricación, distritos marshallianos) o simples (la máquina-herramienta, que es la que tenía a la vista Marx, la máquina de control numérico, el robot industrial, el flujo material automatizado), es posible ver en ellos lo que en términos formales podemos llamar, parafraseando a Marx, la objetividad actuante biopolítica de la forma social capitalista del proceso de trabajo. Esto es, el mando despótico objetivo que el capital instituye sobre la fuerza de trabajo a partir de la operatividad misma del propio sistema de máquinas.

²⁰ Véase GARCÍA LINERA, *Op. Cit.*, p. 151.

¿Cómo acontece y se presenta dicha objetividad actuante biopolítica de la forma capitalista del proceso de trabajo en la época que estamos considerando?

En primer lugar, con la expropiación de la habilidad y de la fuerza laboral transformadora de la materia prima hasta entonces relativamente en manos del trabajador que ahora aparece en el propio funcionamiento de la máquina que las incorpora como virtuosismo propio.²¹ Las operaciones de moldeamiento de la materia prima hacia un fin establecido ya no están solo mediadas por un instrumento de producción como sucedía antes, sino que ahora la misma intencionalidad y efectividad transformadora radica en la máquina o en el sistema automático de maquinarias, en los “movimientos netos y precisos de la máquina operaria”, como dice Marx. La fuerza, la destreza y la habilidad del individuo que daba uso al instrumento de trabajo para dar la forma requerida a la materia prima han sido ahora reemplazados por la fuerza y la habilidad, la pericia e intención objetiva del movimiento instrumental de las máquinas.

En cierto sentido, se podría decir que la máquina “desubjetiviza” al trabajador en tanto trabajador, esto es, lo despoja de la pericia laboral, de la habilidad y del espíritu del trabajo común. Los conocimientos, la inteligencia, las habilidades y hasta la misma voluntad que desarrollaba el campesinado o el trabajador independiente, se les arrebatan a los obreros y los confisca el capital que los concentra en las máquinas, su organización del trabajo y su tecnología. Por la forma social en que esto acontece, estas fuerzas del trabajo se convierten no sólo en extrañas al trabajador, sino en capacidades opresivas y explotadoras del propio trabajador, en tanto que anulan su soberanía sobre su propia actividad. Al suplir la cualidad efectiva del trabajo vivo, la máquina priva al trabajador de esa cualidad que existía previamente como propiedad monopólica del trabajador, y si bien luego puede inducir un nuevo tipo de especialización de la utilidad de la fuerza de trabajo, la máquina se presenta como una auténtica expropiadora de la cualidad efectiva de la fuerza de trabajo.²² Y en la medida que las máquinas existen como componentes materiales del capital, como habíamos ya dicho, la expropiación de ese conjunto de cualidades se presenta como expropiación hecha por el capital mismo.

Desde el punto de vista del trabajador, el trabajador no se relaciona con este medio de trabajo que le ha expropiado el conjunto de cualidades efectivas del trabajo como ante su propiedad sino como ante una propiedad ajena y opuesta.²³ Dicho en otros términos, el trabajador no se relaciona con esta capacidad de trabajo contenida en el medio de trabajo como si fuera un momento de la realidad objetiva de su propia actividad, sino como ante una capacidad ajena y opuesta. Lo que caracteriza a la máquina como medio

²¹ *Ibid.*, p. 151.

²² Desde lo que concierne estrictamente al plano de las herramientas acontece algo similar. “En vez de hacer que el obrero trabaje con su herramienta, el capital lo hace trabajar ahora con una máquina que maneja ella misma sus herramientas”, dice Marx. (MARX, Karl. *El Capital, Op. Cit.*, p. 471). El individuo pierde aquí su función de “portador de herramientas” y es quien ahora debe adaptarse al instrumento maquinal. Y cuando el manejo de la herramienta recae en la máquina, se extingue, a la par del valor de uso, el valor de cambio de la fuerza de trabajo. El obrero se vuelve invendible, dice Marx. *Ibid.*, p. 525.

²³ Véase GARCÍA LINERA, *Op. Cit.*, p. 188 y ss.

de trabajo es que el movimiento, la actividad operativa y la capacidad de trabajo parecen adquirir vida propia y autonomía con respecto al trabajador. En este sentido, la segunda subordinación biopolítica efectiva y objetiva de la fuerza de trabajo al capital sucede con esta relación de ajenidad y poderío que el medio de trabajo de las máquinas entabla frente y sobre el trabajador.

No es el obrero quien emplea la condición de trabajo sino ésta quien emplea al obrero. Marx lo plantea del siguiente modo,

“[Mientras] en la manufactura los obreros son miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica existe un mecanismo inanimado independiente de ellos, al que son incorporados como apéndices vivientes”.²⁴

No es casual que bajo este poderío, que lo somete como mero engranaje secundario de su funcionamiento, el trabajador vea reducir su capacidad concreta de trabajo a una mera capacidad abstracta de vigilancia y auxilio. Después de haber colocado las primeras habilidades en las máquinas y haber introducido los consiguientes cambios en la interconexión técnica de las máquinas, como la parcialización y repetición del movimiento laboral individual o la introducción de la producción de flujo continuo y la cadena de montaje, el trabajo vivo se vio necesaria y tecnológicamente reducido a la forma simple de trabajo abstracto.²⁵

Esto, indudablemente, no ocurrió ni ocurre de forma voluntaria. Por supuesto, cuando el trabajador es unificado activamente con el medio de trabajo maquinal, no lo hace, en primera instancia, voluntariamente, como libre despliegue de su soberanía, sino como utilización forzada de su fuerza de trabajo, vendida y poseída temporalmente por el capitalista que la ha comprado. Aparentemente, los trabajadores han aceptado el contrato de trabajo libremente bajo su concurrencia, pero en realidad han sido despojados de la posibilidad de contar con medios de subsistencia con anterioridad y por lo tanto en realidad son obligados a tener que venderse a cambio de un salario.²⁶ Pero no nos referimos aquí específicamente a esto, sino a que la fuerza de trabajo como simple trabajo abstracto llega a convertirse en una parte constitutiva de la composición orgánica del capital a través de la “disciplina cuartelaría”²⁷ que el capital impone en la fábrica.

²⁴ *Ibid.*, p. 515.

²⁵ El principio de la cooperación simple que se daba entre las actividades de los obreros agrupados en un solo lugar en el periodo manufacturero queda aquí sustituido, dice Marx, por el de “las máquinas y los obreros que trabajan en ellas”, por la “distribución de obreros entre las máquinas especializadas”. *Ibid.*, p. 512. Así las cosas, resulta que es la misma división del trabajo que potencia la máquina la que “[...] agrede de la manera más intensa el sistema nervioso, y a la vez reprime el juego multilateral de los músculos y confisca toda actividad libre, física e intelectual, del obrero”, dice Engels. Citado en MARX, Karl. *El Capital*, Óp. Cit., p. 516. En la división del trabajo en cualquiera de sus formas contemporáneas (la forma taylorista o los tipos alternativos que están surgiendo con los diversos sistemas flexibles de industrialización) las cosas no van muy diferente. Esto lo vamos a ver detenidamente en otra siguiente entrega.

²⁶ Véase GORZ, André. *Crítica de la división del trabajo*, Barcelona, Editorial Laia, 1977.

²⁷ MARX, Karl. *El Capital*, Op. Cit., p. 517.

Evidentemente buena parte del proceso disciplinador recae en los capataces, reconvertidos en supervisores y jefes inmediatos actualmente, pero aquí nos referiremos sobre todo a cómo la introducción de la máquina confiere a las condiciones técnico-tecnológicas y organizacionales del medio de trabajo mismas una capacidad cada vez mayor de control disciplinario sobre la fuerza de trabajo.²⁸

Con la introducción del sistema maquinal, la medición de los tiempos, el cálculo de los movimientos laborales, la reglamentación de la eficacia productiva fijada por el capital, existen ahora como realidad objetiva del funcionamiento maquinal mismo. La máquina, en este sentido, existe como una auténtica tecnología de control del cuerpo en el proceso de trabajo. No importa cuánto crea el trabajador dominar la máquina en determinado momento; su movimiento corporal escapa ya a sus propias intenciones, son momentos de la valorización material del capital. Para el capital, toda organización del trabajo y toda tecnología introducida debe ser indisolublemente una técnica de producción y una técnica de dominación de los productores, ya que la finalidad de la producción capitalista solo puede ser el aumento del propio capital, y esta finalidad, extraña a los trabajadores, solamente se puede llevar a cabo a través de ellos mediante la coacción directa o encubierta.²⁹ El tiempo y el medio de trabajo se convierten, así, en tiempo y auténticos medios de tortura al servicio del capital.

Es en esta relación material que el capital mantiene con el cuerpo, con el trabajo vivo que encontramos, en tercer lugar, la objetividad actuante biopolítica de la forma capitalista del proceso de trabajo. En otras palabras, esta relación material específica que el capital mantiene con el trabajo vivo, a través del medio de trabajo maquinal, es la tercer modalidad en que se presenta el mando despótico biopolítico del capital sobre la fuerza de trabajo.

En tanto la máquina porta efectivamente la intencionalidad capitalista en la interconexión objetiva con la fuerza de trabajo, la relación de dominio despótico y de consumo o explotación de la fuerza de trabajo por parte del capital, tiende a suprimir la personificación de dicho dominio y coerción; éstos se dan ya directa e inmediatamente como movimiento material-objetivo de la forma maquinal. Dice Marx:

“Mediante su transformación en autómatas, el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso mismo de trabajo, *como capital*, como trabajo inanimado que domina y succiona la fuerza de trabajo viva.”³⁰

Al estar subsumida material y formalmente al capital, la máquina y el medio de trabajo maquinal operan como artefactos de poder en la fábrica para la consecución de la ampliación de trabajo excedente. Pero desde el punto de vista del trabajador, el mando despótico del capital se despersonifica en tanto que es la propia estructura material y

²⁸Cfr. *Ibid.*, p. 451 y ss.

²⁹Véase GORZ, André. *Op. Cit.*

³⁰MARX, Karl. *El Capital*, *Op. Cit.*, p., 516.

funcional del proceso de trabajo la que funciona de facto como una especie de autocracia anónima del capital. Es así como el despotismo biopolítico de la fábrica tiende a des-personificarse y queda garantizada material y políticamente la extracción del plusvalor.

En cuarto lugar, otro de los expedientes biopolíticos lo tenemos con el grado de intensificación a que se ve sometido el trabajo vivo con la introducción de la máquina al medio de trabajo.

Contra lo que pudiera pensarse a primera vista, Marx muestra que la productividad de la máquina no es posible medirla por el grado en que sustituye trabajo humano. La maquinaria, al igual que cualquier otro componente del capital constante, no crea ningún valor, sino sólo transfiere su propio valor al volumen de producto. En esa medida, en lugar de abaratar la mercancía, la encarece en proporción a su propio valor. Si la máquina produce plusvalor relativo, es porque éste no surge de las fuerzas de trabajo que el capitalista ha reemplazado con la máquina, sino, a la inversa, de las fuerzas de trabajo que sigue ocupando en ella.

La máquina produce plusvalor relativo, no sólo al desvalorizar directamente la fuerza de trabajo y abaratar indirectamente a la misma mediante el abaratamiento de las mercancías que entran en su reproducción, como ya hemos podido ver, sino también porque transforma el trabajo empleado por el poseedor de máquinas en trabajo potenciado.³¹ ¿Cómo es que sucede esto?

Independientemente del papel que cumple la introducción de las nuevas formas de organización del trabajo a que hemos hecho ya antes referencia, la máquina por sí misma es un medio que aumenta “portentosamente la regularidad, la uniformidad, ordenamiento, continuidad y energía del trabajo”.³² Un medio objetivo empleado para arrancar más trabajo en el mismo tiempo a la fuerza de trabajo, tanto a través del aumento en la velocidad de las máquinas como por medio de la ampliación en la escala de la maquinaria que se debe vigilar. La máquina, dice Marx,

“impone [...] un mayor gasto de trabajo en el mismo tiempo, una tensión acrecentada de la fuerza de trabajo, un taponamiento más denso de los poros que se producen en el tiempo de trabajo, esto es, impone al obrero una condensación del trabajo en un *grado* [sin precedentes]”.³³

Frente a la máquina, el trabajador tiene que desplegar un esfuerzo más intenso, lo que conlleva un mayor desgaste (físico y espiritual) de su fuerza de trabajo. Y con cada perfeccionamiento técnico de la máquina, se le exige al trabajador una elevación sistemática y paralela del grado de intensidad de su trabajo. La máquina es así el medio más poderoso, dice Marx en otro lugar, para prolongar intensivamente la jornada de trabajo más allá de todo límite natural y producir así plustrabajo.

³¹ *Ibíd.*, p. 495.

³² *Ibíd.*, p. 500.

³³ *Ibíd.*, p. 499.

Contra lo que tendemos a pensar a primera vista, la máquina aumenta la tasa de plusvalor sólo a través de la intensificación del plustrabajo gracias al acrecentamiento de la intensificación de la jornada de trabajo que trae consigo la introducción de la máquina al medio de trabajo. Paradójicamente, la fuerza productiva acrecentada que hace posible la introducción de las máquinas se obtiene gracias a un gasto mayor de trabajo.³⁴

Desde un punto de vista biopolítico, esto significa que la intensidad que le exige al cuerpo el medio de trabajo eficientado es mayor con la máquina, en el sentido de que el trabajador debe tener una mayor intensidad en sus disposiciones corporales y mentales. El modo de producción perfeccionado, técnica y socialmente, consume, así, una magnitud mayor de la misma fuerza de trabajo intensificada, lo que se traduce sin lugar a dudas en un mayor desfalcamiento y agotamiento de los trabajadores dado el mayor succionamiento de la fuerza de trabajo vivo.³⁵

Finalmente, y en quinto lugar, desde un punto de vista biopolítico cabe decir algo más acerca de la máquina en tanto trabajo muerto que objetiviza los conocimientos socialmente alcanzados. Ya hemos visto que la máquina, en cuanto medio de producción adquirido por el capitalista para succionar trabajo vivo impago, existe para el trabajador como su no propiedad. Esto significa, por tanto, que también el saber social general, esto es, la ciencia, se objetiva en ella como movimientos y destrezas extrañas al trabajador, como cualidades ajenas al trabajador. Dice Marx,

“La escisión entre las *potencias intelectuales* del proceso de producción y el trabajo manual, así como la transformación de las mismas en *poderes del capital sobre el trabajo*, se consuma [...] en la gran industria, erigida sobre el fundamento de la maquinaria.”³⁶

Y más adelante continúa:

“Es un producto de la división manufacturera del trabajo el que las potencias intelectuales del proceso material de la producción se les contrapongan [a los trabajadores] como propiedad ajena y poder que los domina. [...] Lo que se consuma en la gran industria, que separa del trabajo

³⁴Cfr. *Ibid.*, p. 498-499.

³⁵Es evidente que en los casos en que la máquina suple en alguna cierta medida relativa el esfuerzo físico muscular del trabajador, como sucede sobre todo en las industrias pesadas, tal desgaste y desfalso de la fuerza de trabajo no puede entenderse sólo en términos estrictamente físico-musculares en tanto la actividad del trabajador en cuestión es ante todo de vigilancia y control y de procesamiento de la información. Pero de lo que no cabe duda es que en lo que se ha dado en llamar, un tanto injustificadamente, “trabajo inmaterial” sigue estando presente tal desgaste y desfalso intensificado de la fuerza de trabajo.

³⁶*Ibid.*, p. 439.

a la ciencia, como potencia productiva autónoma, y la compele a servir al capital.”³⁷

Si bien, como dice Marx, en la época manufacturera existía ya una cierta escisión entre el trabajo manual y el intelectual, fue hasta la formación propiamente del capitalismo, con la aparición de una tecnología productiva que incorpora los conocimientos científicos a los factores de producción, y por lo tanto al interés del capital, que la actividad científica se constituye como una fuerza productiva fundamental y de enorme eficacia. A partir de aquí, el conocimiento se convierte en un momento inseparable de la producción social a través de la cual el ser humano produce y reproduce las condiciones materiales que hacen posible su existencia. No es casual que, dentro de este marco, el saber científico sea inmediatamente poder que se construye y detenta desde el poder económico de los dueños de los medios de producción y que, bajo la forma social capitalista del proceso de trabajo, la ciencia se objetive en la materialidad de las máquinas como un poder extraño que guía y somete al trabajador, como un conjunto de fuerzas que no tienen otro fin sino succionarle el mayor trabajo vivo impago posible.

Esta es, en grandes trazos, la relación sufriente que se estableció entre el capital y el trabajo en el capitalismo del gran periodo manufacturero y de la inicial gran industria que Marx tenía a la vista. Fincado en la segunda mitad del siglo XIX, el análisis de Marx pone de presente el sometimiento biopolítico del trabajador a situaciones en las que se produce la pérdida de su autonomía; al tiempo que muestra el proceso de abstracción y reducción de las potencias vitales del cuerpo a una simple fuerza de trabajo productora de valor de cambio económico, a la que se configura para ser vendida en el mercado. Examina, además, cómo el proceso de trabajo termina por enfrentarse al trabajador como una fuerza extraña a su cuerpo que lo succiona intensivamente cada vez más; como un medio de trabajo ajeno que actúa sobre él como artefacto de poder y que al expropiarle sus habilidades y fuerzas laborales logra reducir el valor de su fuerza de trabajo. Carácter enajenado del trabajo que termina por presentarse definitivamente cuando lo que se le enfrenta al trabajador es la propia vida: debido a que en las condiciones capitalistas alguien concreto se apropia del trabajo y del producto de otro concreto, al hombre termina enfrentándosele la vida misma, pues en tales condiciones lo que se le extraña es su propia fuerza vital creadora (de objetos y de vida), objetivada en un medio inalcanzable para la capacidad adquisitiva de su salario porque el rango de lo que gana le impide romper con su condición de hombre despojado y privado de medios de subsistencia. Con el proceso de sometimiento real del trabajo a las condiciones económicas del capital, el trabajo, pues, se visualiza como una condición sufriente de cabo a rabo.

A grandes rasgos, esa fue la condición del trabajo que se estableció en un doble contexto histórico, el primero marcado por un primer capitalismo todavía no triunfante que solo garantizaba su propio crecimiento sometiendo a los hombres venidos de la tierra y del campo al poder de la fábrica y, el segundo, una época menos alejada aún en que las normas científicas de los tiempos y los movimientos esclavizaban cabezas y cuerpos.

³⁷*Ibíd.*, p. 440.

Así como M. Foucault nos mostró críticamente todo el proyecto multi-institucional de normalización y disciplinamiento social de los individuos, orientado hacia el aseguramiento de las lógicas productivas necesarias para la formación y consolidación de la sociedad industrial, en Marx, como hemos visto, es posible encontrar también todo un filón disciplinario y biopolítico en la forma social capitalista que asume el proceso de trabajo una vez subsumido realmente al capital. Las tres finalidades que estructuraban el objetivo del proyecto disciplinario en Foucault (a saber, la temporalización de la vida de los sujetos con miras a ajustar su tiempo al aparato productivo, el control de sus cuerpos con miras a convertirlos en fuerza de trabajo y la integración de esa fuerza de trabajo, así producida, en el marco productivo) tienen que ser complementadas, pues, con las formas de control social materializadas en el ámbito del trabajo. No en vano, en la medida en que el trabajo no es la esencia del ser humano, se hizo necesaria para la fijación del sujeto a la labor productiva la puesta en marcha de todo un conjunto de operaciones de poder, tanto externas como internas, al proceso de producción y a la naciente fábrica industrial, que poco a poco terminara alcanzando la hegemonía productiva en las décadas fordistas centrales del siglo XX, con una serie de consecuencias en las dinámicas de control social.